"¿EL FIN DE LA HISTORIA?"

Cuando en el verano de 1989 la revista "The National Interest" publicó el ensayo de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia, alguna mecha fue encendida. Ese texto —que en la Argentina sólo había aparecido en la revista "Doxa" y que *Página/12* dio a conocer el domingo pasado— se convirtió en pocos meses en el centro de un debate internacional sobre el verdadero carácter de los cambios a los que asiste el mundo. La caída emblemática del Muro de Berlín y los acelerados movimientos políticos de la Europa del Este requirieron, en los últimos meses, una interpretación desde Occidente, y ése fue el curso que siguió la tesis de Fukuyama, quien por otra parte ya abandonó el Departamento de Estado y se dedica a escribir. Las que siguen son las respuestas de tres intelectuales argentinos que, desde diferentes lugares del pensamiento, sostienen que la historia todavía está bien de salud.



¿QUE FUKUYAMA? ¿FUJIMORI?

Por Mario Wainfeld

El mundo moderno rebosa japoneses exitosos. Algunos —ya se sabe— lo son por austeros, tenaces, trabajadores. Otros, como Fukuyama y Fujimori, alcanzan éxitos que nadie sabe explicar muy bien.

Fukuyama llegó a la fama merced a un opúsculo más pedante que erudito, simplista, pletórico de errores y tergiversaciones. ¿Por qué "vendió" tanto? Acaso por expresar en clave "culta", universitaria, la profecía que hoy propalan los centros de poder mundial (y sus amanuenses tercermundistas): *la historia (entendida como conflicto) terminó*. No más contradicciones, enfrentamientos, nacionalismos. Todos somos capitalistas. La lógica del mercado rige al mundo. No más fronteras. Amén.

Fukuyama dice, con razón, que esa victoria es ideológica. Yerra cuando omite que las ideas, creencias y valores tienen una relación dialéctica (de interinfluencia recíproca y permanente) con su "base material": la estructura socioeconómica de las sociedades que los generaron. La ideología liberal es producto de (y funcional a) sociedades ricas y satisfechas. Su hegemonía no es un triunfo de todo el mundo sino un triunfo de algunos (pocos) sobre el resto del mundo. El neoconservadurismo gana por éxitos propios y también por desmadre de sus alternativas: los socialismos y —mal que le pese a Fukuyama— los nacionalismos tercermundistas.

Fukuyama dixit

Contra lo que dice Fukuyama, los socialismos reales no arrastran fracasos desde sus orígenes (de los que vienen a percatarse recién ahora por evolución ideológica). Fueron durante décadas, a la luz de sus objetivos (fijados por su ideología y no por la de Fukuyama), sistemas exitosos. La URSS repechó la derrota en la Primera Guerra Mundial; las tremendas sangrías humanas de la Segunda; la contrarrevolución; el aislamiento internacional y aun así garantizó salud, alimentación, educación a su enorme población llegando a ser potencia en menos de sesenta años. En menos de treinta, China consolidó un Estado, donde antes existía un precario feudalismo; unificó su territorio, hasta sobrellevó los delirios de sus gobernantes. Esos sistemas funcionaron hasta que —a partir de los '70— no pudieron emparejar el crecimiento técnico y productivo de los capitalismos centrales ni satisfacer las novedosas y crecientes demandas que les planteaban sus propios pueblos, una vez satisfechas sus necesidades primarias. Los socialismos reales no fracasaron "desde siempre". Como dicen los comentaristas de fútbol, "cumplieron un ciclo".

Tanto lo cumplieron que fueron un reto a los capitalismos centrales. Así los fascismos europeos no fueron *respuesta al capitalismo* como arguye Fukuyama; sí una *respuesta capitalista* al crecimiento de la URSS y de los partidos socialistas y comunistas en Italia y Alemania. Un capitalismo acelerado, destinado a zanjar el retraso de las unidades nacionales italiana y alemana. La defensa de la propiedad privada y la consolidación de la decisión nacional bien valían un frasco de aceite de ricino. O un crematorio. Aunque Fukuyama no lo diga, también fueron respuestas a esos desafíos el New Deal, el laborismo, las socialdemocracias que ensayaron en sus territorios los capitalismos centrales: intervencionismo estatal, seguridad social, protección a los sindicatos. Los Estados-providencia atenuaron los rigores del capitalismo, mejoraron el reparto de la torta. Consolidaron sociedades sobre cuya estructura actúan hoy los neoliberalismos que —a diferencia de los que se quieren establecer por acá— son *posteriores* a ciertos repartos de poder, riquezas y prestigio.

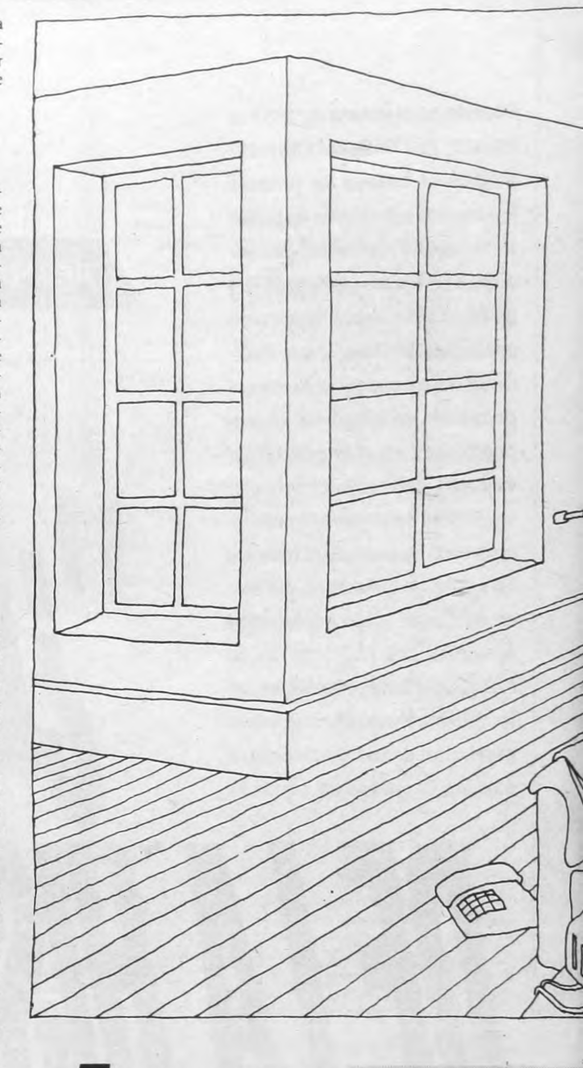
El fin de la histeria

Esas confusiones y escamoteos deshistorizan. El neoliberalismo no es un producto de probeta. Ni una adquisición universal. Tiene raíces históricas y culturales: es fácil ligar a Reagan o al "justiciero del subte" con la tradición del Far-West. No es irrelevante que la magna iniciativa bélica norteamericana (la guerra de las galaxias) le haya pedido prestado su nombre a Hollywood. El neoliberalismo no es todo tradición: también tiene que ver con la explosión tecnológica, con el "boom" financiero de los setenta. Sintetiza (allá en el Norte) tradiciones e innovaciones: condensa respuestas a distintos, a veces sucesivos, desafíos de la historia. Se urdió mediante dialécticas relaciones entre (por esquematizar mucho) Jefferson y Hamilton; el Sur y el Norte; el conservadurismo y el New Deal; el Eje y los Aliados; URSS y EE.UU, OPEP y los capitalismos centrales.

Conclusión melancólica

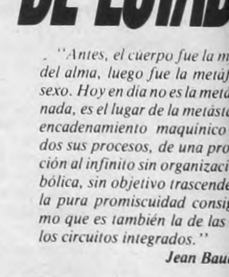
Los imperios del siglo pasado se consolidaban exportando mercaderías. Los del siglo XX avanzan exportando patrones de consumo, de conducta, ideologías. Algunas veces exportan baratijas: la "merca" de Fukuyama es insustancial, endeble. *No es serio parangonar a la perestroika o a la reactivación y reconversión chinas con el liberalismo, o casi.* Se trata de sistemas muy complejos con larga tradición socialista a la que se añaden ahora incentivos capitalistas. Habrá que ver qué resulta de eso, pero no será idéntico a los sistemas capitalistas yanqui o europeo.

En suma, *lo de siempre*. Es cierto que los pueblos desean bienestar y no dogmas. Pero el bienestar incluye (en todas las culturas del orbe) libertades y seguridades, que (por decir poco) no siempre brinda el capitalismo salvaje. No será tan fácil que pueblos y naciones de todo el mundo adopten la ideología liberal si no les da seguridad y prosperidad. La *ideología* liberal es —vista desde acá— apenas un *dogma* ya que —en estos parajes— su aplicación sólo significó beneficios para ínfimas minorías. La ideología del Norte, producto cultural, deviene dogma cuando se aplica en sociedades con muy distintas estructuras socioeconómicas. Y con muy distintos resultados. Aunque sea dura y difícil, aunque, por ahora, vayan ganando los malos, la historia continúa. De eso, según parece, sabe más Fujimori que Fukuyama.



FUKUYAMA ESTA TRIS
EN EL DEPARTAMEN
DE ESTAD





"Antes, el cuerpo fue la m
del alma, luego fue la metá
sexo. Hoy en día no es la metá
nada, es el lugar de la metást
encadenamiento maquínico
dos sus procesos, de una pro
ción al infinito sin organizaci
bólica, sin objetivo trascend
la pura promiscuidad consi
mo que es también la de las
los circuitos integrados."

Jean Bau

Por León Roz

Como buen artesano, Fu construyó con los restos del Occide tiano, cuya llave encontró en el ideal soluto de Hegel, el esquema defin mundo. Y nos anuncia, desde el mento de Estado de los EE.UU., el historia. Fue necesario agregarle la oriental para que el pensamiento —que separó por el terror divino a del espíritu— proclamara por fin l neoliberal de su cifra: el reino de Di el mundo de las mercancías y del c todo lo demás ha terminado.

Fukuyama no es "un idealista",

¿QUE FUKUYAMA? ¿FUJIMORI?

Por Mario Wainfeld

El mundo moderno rebosa japoneses exitosos. Algunos —ya se sabe— lo son por austeros, tenaces, trabajadores. Otros, como Fukuyama y Fujimori, alcanzan éxitos que nadie sabe explicar muy bien.

Fukuyama llegó a la fama merced a un opúsculo más pedante que erudito, simplista, pletórico de errores y tergiversaciones. ¿Por qué "vendió" tanto? Acaso por expresar en clave "culta", universitaria, la profecía que hoy propalan los centros de poder mundial (y sus amanuenses tercermundistas): *la historia (entendida como conflicto) terminó*. No más contradicciones, enfrentamientos, nacionalismos. Todos somos capitalistas. La lógica del mercado rige al mundo. No más fronteras. Amén.

Fukuyama dice, con razón, que esa victoria es ideológica. Yerra cuando omite que las ideas, creencias y valores tienen una relación dialéctica (de interinfluencia recíproca y permanente) con su "base material": la estructura socioeconómica de las sociedades que los generaron. La ideología liberal es producto de (y funcional a) sociedades ricas y satisfechas. Su hegemonía no es un triunfo de todo el mundo sino un triunfo de algunos (pocos) sobre el resto del mundo. El neoconservadurismo gana por éxitos propios y también por desmadre de sus alternativas: los socialismos y —mal que le pese a Fukuyama— los nacionalismos tercermundistas.

Fukuyama dixit

Contra lo que dice Fukuyama, los socialismos reales no arrastran fracasos desde sus orígenes (de los que vienen a percatarse recién ahora por evolución ideológica). Fueron durante décadas, a la luz de sus objetivos (fijados por su ideología y no por la de Fukuyama), sistemas exitosos. La URSS repechó la derrota en la Primera Guerra Mundial; las tremendas sangrías humanas de la Segunda; la contrarrevolución; el aislamiento internacional y aun así garantizó salud, alimentación, educación a su enorme población llegando a ser potencia en menos de sesenta años. En menos de treinta, China consolidó un Estado, donde antes existía un precario feudalismo; unificó su territorio, hasta sobrellevó los delirios de sus gobernantes. Esos sistemas funcionaron hasta que —a partir de los '70— no pudieron emparejar el crecimiento técnico y productivo de los capitalismos centrales ni satisfacer las novedosas y crecientes demandas que les planteaban sus propios pueblos, una vez satisfechas sus necesidades primarias. Los socialismos reales no fracasaron "desde siempre". Como dicen los comentaristas de fútbol, "cumplieron un ciclo".

Tanto lo cumplieron que fueron un reto a los capitalismos centrales. Así los fascismos europeos no fueron *respuesta al capitalismo* como arguye Fukuyama; sí una *respuesta capitalista* al crecimiento de la URSS y de los partidos socialistas y comunistas en Italia y Alemania. Un capitalismo acelerado, destinado a zanjar el retraso de las unidades nacionales italiana y alemana. La defensa de la propiedad privada y la consolidación de la decisión nacional bien valían un frasco de aceite de ricino. O un crematorio. Aunque Fukuyama no lo diga, también fueron respuestas a esos desafíos el New Deal, el laborismo, las socialdemocracias que ensayaron en sus territorios los capitalismos centrales: intervencionismo estatal, seguridad social, protección a los sindicatos. Los Estados-providencia atenuaron los rigores del capitalismo, mejoraron el reparto de la torta. Consolidaron sociedades sobre cuya estructura actúan hoy los neoliberalismos que —a diferencia de los que se quieren establecer por acá— son *posteriores* a ciertos repartos de poder, riquezas y prestigio.

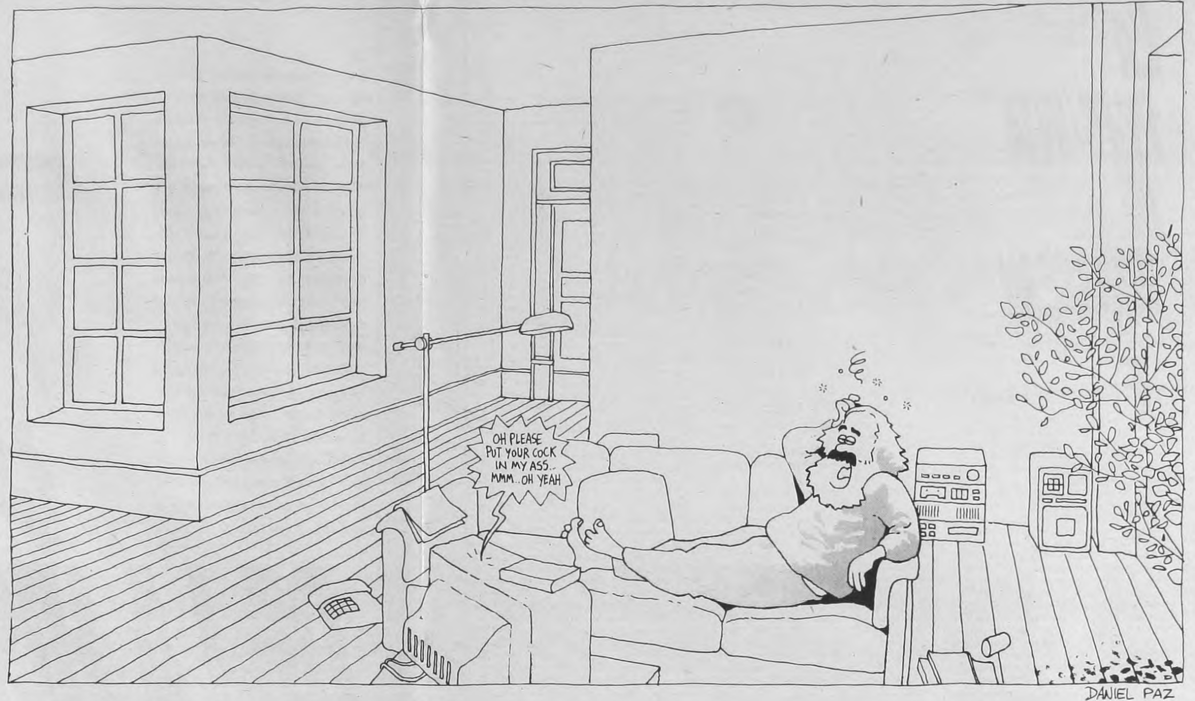
El fin de la histeria

Esas confusiones y escamoteos deshistorizan. El neoliberalismo no es un producto de probeta. Ni una adquisición universal. Tiene raíces históricas y culturales: es fácil ligar a Reagan o al "justiciero del subte" con la tradición del Far-West. No es irrelevante que la magna iniciativa bélica norteamericana (la guerra de las galaxias) le haya pedido prestado su nombre a Hollywood. El neoliberalismo no es todo tradición: también tiene que ver con la explosión tecnológica, con el "boom" financiero de los setenta. Sintetiza (allá en el Norte) tradiciones e innovaciones: condensa respuestas a distintos, a veces sucesivos, desafíos de la historia. Se urdió mediante dialécticas relaciones entre (por esquematizar mucho) Jefferson y Hamilton; el Sur y el Norte; el conservadurismo y el New Deal; el Eje y los Aliados; URSS y EE.UU, OPEP y los capitalismos centrales.

Conclusión melancólica

Los imperios del siglo pasado se consolidaban exportando mercaderías. Los del siglo XX avanzan exportando patrones de consumo, de conducta, ideologías. Algunas veces exportan baratijas: la "merca" de Fukuyama es insustancial, endeble. *No es serio parangonar a la perestroika o a la reactivación y reconversión chinas con el liberalismo, o casi.* Se trata de sistemas muy complejos con larga tradición socialista a la que se añaden ahora incentivos capitalistas. Habrá que ver qué resulta de eso, pero no será idéntico a los sistemas capitalistas yanqui o europeo.

En suma, *lo de siempre*. Es cierto que los pueblos desean bienestar y no dogmas. Pero el bienestar incluye (en todas las culturas del orbe) libertades y seguridades, que (por decir poco) no siempre brinda el capitalismo salvaje. No será tan fácil que pueblos y naciones de todo el mundo adopten la ideología liberal si no les da seguridad y prosperidad. La *ideología* liberal es —vista desde acá— apenas un *dogma* ya que —en estos parajes— su aplicación sólo significó beneficios para ínfimas minorías. La ideología del Norte, producto cultural, deviene dogma cuando se aplica en sociedades con muy distintas estructuras socioeconómicas. Y con muy distintos resultados. Aunque sea dura y difícil, aunque, por ahora, vayan ganando los malos, la historia continúa. De eso, según parece, sabe más Fujimori que Fukuyama.



FUKUYAMA ESTA TRISTE EN EL DEPARTAMENTO DE ESTADO

"Antes, el cuerpo fue la metáfora del alma, luego fue la metáfora del sexo. Hoy en día no es la metáfora de nada, es el lugar de la metástasis, del encadenamiento maquínico de todos sus procesos, de una programación al infinito sin organización simbólica, sin objetivo trascendente, en la pura promiscuidad consigo mismo que es también la de las redes y los circuitos integrados."

Jean Baudrillard

Por León Rozitchner

Como buen artesano, Fukuyama construyó con los restos del Occidente cristiano, cuya llave encontró en el idealismo absoluto de Hegel, el esquema definitivo del mundo. Y nos anuncia, desde el Departamento de Estado de los EE.UU., el fin de la historia. Fue necesario agregarle la sabiduría oriental para que el pensamiento cristiano —que separó por el terror divino al cuerpo del espíritu— proclamara por fin la verdad neoliberal de su cifra: el reino de Dios está en el mundo de las mercancías y del consumo, todo lo demás ha terminado.

Fukuyama no es "un idealista", como se dice de la buena gente. No. Fukuyama es "idealista", a secas. Cree que las ideas primero nacen y se sostienen por sí mismas. A eso llama "conocimiento". Luego, claro está, este conocimiento entra en la lucha y se encarna: mata o muere. Así la ideología liberal "mató", nos dice, la del nazismo. Ahora la verdad de esas ideas ¿sabe usted? se encarnan en el liberalismo, que puede matarnos a todos, pero esto último lo calla: es su saber secreto. No que maten necesariamente nuestros cuerpos: los hombres, por ahora, sirven de soporte para la idea vencedora y para el consumo.

Nos dice, además, que las ideas del liberalismo triunfaron porque impusieron un "programa general para la organización socio-económica". Ideas, más complejas, que culminarán cuando alcancen su propio cielo en la tierra: el "Estado hegemónico mundial". En esta lucha del liberalismo contra las "ideas" del fascismo —del que se separa— y del marxismo —que aborrece— el Occidente cristiano, en su doble vertiente protestante o católica, ha vencido definitivamente. Podemos pues anunciar el fin de la historia. Así de simple.

¿Cómo refutar al idealista, a no ser que lo sorprendamos con las manos en la masa? Porque cuando nos hace mirar el cielo siempre, descubrimos, nos están metiendo la mano en el bolsillo. Como ya se sabe, el pensamiento movido con el mero pensamiento no avanza. El idealismo es irrefutable en las ideas: pero "idea" con "idea" es comida de zonzo: no tienen adentro nada. Nietzsche, para saberlo, interrogaba la digestión de los filósofos alemanes. Por lo menos, entonces, hay que incluir el cuerpo y la cabeza de quien las piensa. Y a ese cuerpo pensante incluirlo en el mundo. Pero el idealista es obstinado: siempre se pone al margen, como si no pensara con la materia de su cuerpo. Si el cuerpo humano ampliado del que piensa es la premisa que el idealismo soslaya, incluyamos eso que Fukuyama excluye.

Partamos pues del cuerpo de Fukuyama para darle materialidad a su idealismo. ¿Qué quieren que les diga? ¿Que Mr. Fukuyama, con su fría razón que mata, excluye de su análisis la densidad carnal que mueve al hombre y que también circula en el afecto, para pensarlo sólo como una forma reducida a los apetitos que sus mercancías y el consumismo satisfacen? ¿Que la materialidad histórica del sujeto, donde el sentido y la verdad de la historia se pone en juego, ha sido suprimida de su análisis? ¿Y que ese lugar humano que Fukuyama expulsó también de sí mismo sólo aparece al final del análisis expresando el melancólico lamento por lo excluido en su teoría?

Fukuyama se enternece: "El fin de la historia será un tiempo muy triste. La lucha por el reconocimiento, la disposición a arriesgar la propia vida en nombre de un fin puramente (sic) abstracto, la lucha ideológica universal que daba prioridad a la osadía, al atrevimiento, la imaginación y el idealismo se verán sustituidos por el cálculo económico, la interminable resolución de problemas técnicos, la preocupación por el medio ambiente y las respuestas por las sofisticadas necesidades del consumidor. En la era poshistórica no existirá ni arte ni filosofía (...). Quién sabe si esta misma perspectiva de siglos de aburrimiento servirá para que la historia vuelva a empezar".

El cuerpo de Fukuyama, pese al corte, siente por fin algo: siente que está triste. Triste por el futuro que le espera: ya es algo. Nosotros lo presuponíamos antes, mientras lo leíamos: ese cuerpo futuro, melancolizado, acobardado, que abandonó la lucha por el reconocimiento, el riesgo de la vida, la osadía y la imaginación, que no cree ni en el arte ni en la filosofía, ya se hacía visible en el frío cálculo y el desdén con que interpretaba el presente. Este contenido abandonado en su teoría, que resucita al final en su afectividad doliente, es precisamente, ¡vean ustedes, qué extraño! aquello que el marxismo, en su concepción histórica del hombre pone como premisa. ¿Fukuyama está triste por lo que la teoría marxista enuncia también como una posibilidad suya, esa que él dejó de lado para siempre?

El cuerpo ampliado y marcado de Fukuyama está por lo menos en la materialidad viviente de sus padres que llegaron del lejano Japón a los Estados Unidos. Su cuerpo —¿junco pensante?— es una materia viva con historia de muerte, con el cual piensa ahora las ideas del liberalismo. Hay que mirar sólo para adelante: todo vale. Los Fukuyama se fueron del Japón a los Estados Unidos: los alejó quizá la bomba atómica. La geografía de los EE.UU. está a salvo: nunca fue campo de batalla internacional, a pesar de haber participado en tantas guerras. Devolvámosles esa primera y elemental inscripción material a las ideas de Fukuyama. Hagámoslo nosotros, materialistas, desde la materia: desde el cuerpo humanizado. El idealismo perdió la *mater* del materialismo en su camino de inmigrante: la línea materna, la madre-tierra, la madre-patria.

Hay con qué pensar a la poshistoria liberal como triste: no habrá reconocimiento entre los hombres, ni arte ni filosfía. ¿No será porque Fukuyama ha vivido la propia historia con la vivencia de fin del mundo? ¿Y que el hiato tajante que abre la distancia entre la historia y la poshistoria lo abrió la hecatombe atómica? ¿Y que la marca de lo que oculta Fukuyama en su pensamiento, esa tristeza, esa melancolía difusa hace presente en su afecto, como ventarrón de polvo, la traición fundamental, el precio por el triunfo de la idea hegeliana que tuvo que pagar en su conciencia? ¿Y que lo hizo para aceptar, como una necesidad racional y fría, a los millones de muertos japoneses provocados por las bombas norteamericanas ordenadas por Truman en la patria de sus padres? Aunque esa masacre inútil y evitable haya servido a la ideología liberal para convertir a ese Japón imperial de sus ancestros al liberalismo democrático, productivista, eficiente y automatizado. Si ése fue el precio que pagó Japón, ¿por qué ustedes, los del Tercer Mundo —nos dice—, no habrían de pagar el suyo?

Pero algo más, e inevitable: ¿a muchos no nos produciría horror ponernos al servicio de la potencia imperial que fue culpable de esa masacre monstruosa, la de la bomba atómica por primera vez lanzada sobre una población civil inerme e inocente? ¿Y que no comprendamos entonces que ahora Mr. Fukuyama avale esa racionalidad impura como si fuera propia desde el lugar mismo donde se generó esa masacre, el Departamento de Estado?

Si todo lo real es racional para Fukuyama, y si descubre en su cabeza pensante que todo lo racional coincide con la realidad de los vencedores, aunque hayan tirado la bomba sobre sus hermanos, yo no quiero entrar en ese círculo infernal que únicamente la verdad de un dios cruel, si existiera, podría afirmarla. Afirmo la verdad desde el cuerpo que verifica el sentido de la historia en lo que mata o vive en uno mismo, y desde la vida por sobre la muerte que otros ponen fuera de sí mismos para salvarse. Materialismo sensible, polvo enamorado si ustedes quieren. Esto también es una premisa histórica en la teoría.

La presunción circular, alocada, que corresponde a la creencia de un Espíritu Absoluto, no me causa gracia cuando la veo sostener un sistema político, militar y económico cuya única verdad consiste en el poder que para Hegel sólo el Amo Absoluto —que no es ningún hombre— tenía: el de dar la muerte. Aunque con ella se trate de justificar al Estado Homogéneo Mundial que encarna la idea. ¿Podemos pensar entonces que Fukuyama mató su propio espíritu al aceptar la racionalidad aterradora de la bomba atómica, que carga ahora sobre su conciencia, para justificar la racionalidad del dominio liberal sobre el mundo? Cada liberal carga por lo menos la muerte del otro —de un pobre, de un japonés, de un argentino, de un desaparecido— sobre sus espaldas. Se les ve en la cara.

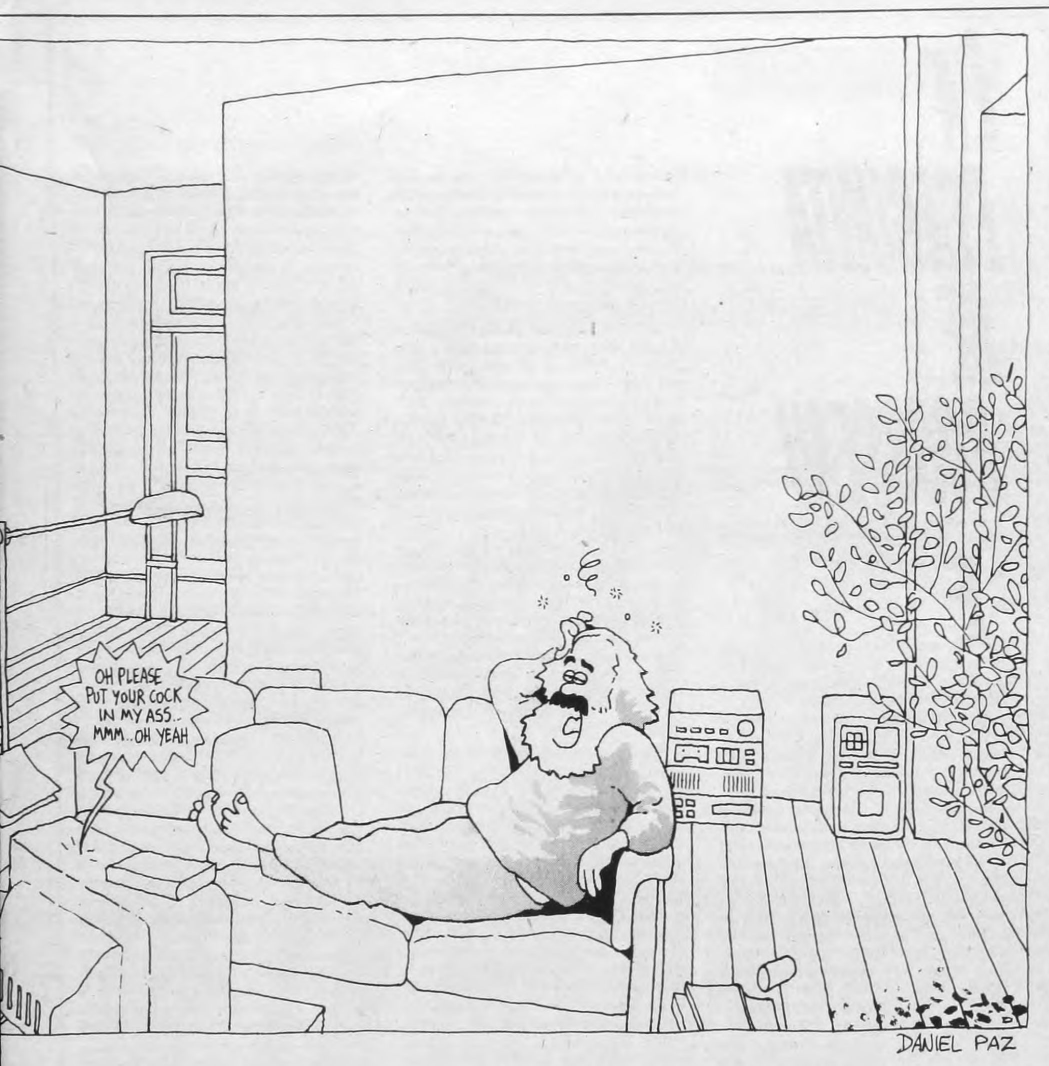
Fukuyama es idealista, dijimos. Pero de un idealismo pre marxista: previo a la crítica "materialista" de Marx. Fukuyama desdeña a Marx, y retrocede a un Hegel puro, anterior a la crítica histórica. Marx criticó el idealismo agregándole la materialidad: le agregó en sus conceptos la materia humana, la vida que el capitalismo expropia. Verificó las ideas en el cuerpo sufriente de los explotados: ahí leía la verdad de los conceptos. Incluía el cuerpo en las ideas. Porque el idealismo es irrefutable como mera idea, a no ser que para triunfar ponga a su servicio la violencia material que también circula, encubierta, en su economía. La razón pura de Fukuyama se encuentra en su premisa no declarada: acepta el terror y el aniquilamiento como fundamento de la verdad histórica. La "verdad" que siente con su cuerpo dividido lo hace cruel a Fukuyama.

Si el cuerpo triste del hombre, sin arte ni filosofía, sin reconocimiento, es el hombre prometido del liberalismo, el hombre del consumo en quien se mató el alma, y lo que interesa entonces es la producción de bienes que circulan como mercancías en el consumismo del mercado, ¿qué queda de ese hombre rico, lleno de fantasía y de imaginación, osado, que quiere enfrentar la tristeza a la que lo condena el aburrimiento liberal, y que fue excluido de la historia? Ese hombre, como vimos, queda muerto también en la teoría. No tiene lugar ni en la realidad ni en la razón: pierde en ambas. El único colectivo social que le queda a ese hombre es el mercado. Y en el mercado no se intercambia amor por amor, sino cosas por cosas.

El punto de partida de Mr. Fukuyama es una afirmación de Hegel: "Todo lo racional es real, todo lo real es racional": el círculo perfecto del Saber Absoluto. Sólo hay que ser dios para saberlo, y Hegel para creer que lo sabe. Nuestro Hegel oriental también lo ha logrado, a su manera: basta con acomodar la "realidad" del proceso histórico, tal como él superficialmente lo comprende, y leerlo de manera tal que justifique lo que afirma. Hasta ahora Fukuyama logra demostrar, a su manera, que para él, y para la política del Estado norteamericano, y para el liberalismo, "todo lo real es racional". Y es cierto: lo consigue con sólo acomodar la lectura de la realidad triunfante que nos propone con su astucia el liberalismo: "Todo lo racional (que es la razón del capitalismo) es real".

Claro está que para lograrlo hace lo mismo que Marx le criticaba a Hegel: oculta la violencia y el terror armado que mueve sus ideas, y también la alienación política y económica de los sujetos así sometidos a las "leyes" del sistema. De la misma manera en Hegel: ponía en el origen de su metafísica el concepto de "devenir" para poner en marcha la dialéctica "pensada", puramente racional, entre el ser y la nada. Así comenzaba la objetivación del Espíritu en el mundo. Pero con el idealismo liberal la historia se termina, no con otra idea, sino con el dominio económico y armado sobre los hombres.

Fukuyama opone fascismo a liberalismo, como opone la guerra a la paz, la dictadura a la democracia: nos hace trampa. Porque no muestra que ambas sólo son variantes estratégicas de algo más fundamental que las contiene a ambas: el capitalismo. Desnudar el fundamento que el liberalismo encubre es un penoso privilegio del Tercer Mundo. La verdad del liberalismo menemista —que se presenta como pura razón sin ideología— es irrefutable: cuenta con el terror previo del Proceso, donde liberalismo y fascismo esta-



TE
TO
DO

iáfora
ra del
ora de
is, del
de to-
rama-
n sim-
te, en
o mis-
edes y

rillard

chner

uyama
te cris-
mo ab-
ivo del
eparta-
in de la
biduría
istiano
cuerpo
verdad
está en
sumo.

omo se

dice de la buena gente. No. Fukuyama es "idealista", a secas. Cree que las ideas primero nacen y se sostienen por sí mismas. A eso llama "conocimiento". Luego, claro está, este conocimiento entra en la lucha y se encarna: mata o muere. Así la ideología liberal "mató", nos dice, la del nazismo. Ahora la verdad de esas ideas ¿sabe usted? se encarnan en el liberalismo, que puede matarnos a todos, pero esto último lo calla: es su saber secreto. No que maten necesariamente nuestros cuerpos: los hombres, por ahora, sirven de soporte para la idea vencedora y para el consumo.

Nos dice, además, que las ideas del liberalismo triunfaron porque impusieron un "programa general para la organización socio - económica". Ideas, más complejas, que culminarán cuando alcancen su propio cielo en la tierra: el "Estado hegemónico mundial". En esta lucha del liberalismo contra las "ideas" del fascismo —del que se separa— y del marxismo —que aborrece— el Occidente cristiano, en su doble vertiente protestante o católica, ha vencido definitivamente. Podemos pues anunciar el fin de la historia. Así de simple.

¿Cómo refutar al idealista, a no ser que lo sorprendamos con las manos en la masa? Porque cuando nos hace mirar el cielo siempre, descubrimos, nos están metiendo la mano en el bolsillo. Como ya se sabe, el pensamiento movido con el mero pensamiento no avanza. El idealismo es irrefutable en las ideas: pero "idea" con "idea" es comida de zonzo: no tienen adentro nada. Nietzsche, para saberlo, interrogaba la digestión de los filósofos alemanes. Por lo menos, entonces, hay que incluir el cuerpo y la cabeza de quien las piensa. Y a ese cuerpo pensante incluirlo en el mundo. Pero el idealista es obstinado: siempre se pone al margen, como si no pensara con la materia de su cuerpo. Si el cuerpo humano ampliado del que piensa es la premisa que el idealismo soslaya, incluyamos eso que Fukuyama excluye.

Partamos pues del cuerpo de Fukuyama para darle materialidad a su idealismo. ¿Qué quieren que les diga? ¿Que Mr. Fukuyama, con su fría razón que mata, excluye de su análisis la densidad carnal que mueve al hombre y que también circula en el afecto, para pensarlo sólo como una forma reducida a los apetitos que sus mercancías y el consumismo satisfacen? ¿Que la materialidad histórica del sujeto, donde el sentido y la verdad de la historia se pone en juego, ha sido suprimida de su análisis? ¿Y que ese lugar humano que Fukuyama expulsó también de sí mismo sólo aparece al final del análisis expresando el melancólico lamento por lo excluido en su teoría?

Fukuyama se enternece: "El fin de la historia será un tiempo muy triste. La lucha por el reconocimiento, la disposición a arriesgar la propia vida en nombre de un fin puramente (sic) abstracto, la lucha ideológica universal que daba prioridad a la osadía, al atrevimiento, la imaginación y el idealismo se verán sustituidos por el cálculo económico, la interminable resolución de problemas técnicos, la preocupación por el medio ambiente y las respuestas por las sofisticadas necesidades del consumidor. En la era poshistórica no existirá ni arte ni filosofía (...). Quién sabe si esta misma perspectiva de siglos de aburrimiento servirá para que la historia vuelva a empezar".

El cuerpo de Fukuyama, pese al corte, siente por fin algo: siente que está triste. Triste por el futuro que le espera: ya es algo. Nosotros lo presuponíamos antes, mientras lo leíamos: ese cuerpo futuro, melancolizado, acobardado, que abandonó la lucha por el reconocimiento, el riesgo de la vida, la osadía y la imaginación, que no cree ni en el arte ni en la filosofía, ya se hacía visible en el frío cálculo y el desdén con que interpretaba el presente. Este contenido abandonado en su teoría, que resucita al final en su afectividad doliente, es precisamente, ¡vean ustedes, qué extraño! aquello que el marxismo, en su concepción histórica del hombre pone como premisa. ¿Fukuyama está triste por lo que la teoría marxista enuncia también como una posibilidad suya, esa que él dejó de lado para siempre?

El cuerpo ampliado y marcado de Fukuyama está por lo menos en la materialidad viviente de sus padres que llegaron del lejano Japón a los Estados Unidos. Su cuerpo —¿junco pensante?— es una materia viva con historia de muerte, con el cual piensa ahora las ideas del liberalismo. Hay que mirar sólo para adelante: todo vale. Los Fukuyama se fueron del Japón a los Estados Unidos: los alejó quizá la bomba atómica. La geografía de los EE.UU. está a salvo: nunca fue campo de batalla internacional, a pesar de haber participado en tantas guerras. Devolvámosles esa primera y elemental inscripción material a las ideas de Fukuyama. Hagámoslo nosotros, materialistas, desde la materia: desde el cuerpo humanizado. El idealismo perdió la *mater* del materialismo en su camino de inmigrante: la línea materna, la madre-tierra, la madre-patria.

Hay con qué pensar a la poshistoria liberal como triste: no habrá reconocimiento entre los hombres, ni arte ni filosfía. ¿No será porque Fukuyama ha vivido la propia historia con la vivencia de fin del mundo? ¿Y que el hiato tajante que abre la distancia entre la historia y la poshistoria lo abrió la hecatombe atómica? ¿Y que la marca de lo que oculta Fukuyama en su pensamiento, esa tristeza, esa melancolía difusa hace presente en su afecto, como ventarrón de polvo, la traición fundamental, el precio por el triunfo de la idea hegeliana que tuvo que pagar en su conciencia? ¿Y que lo hizo para aceptar, como una necesidad racional y fría, a los millones de muertos japoneses provocados por las bombas norteamericanas ordenadas por Truman en la patria de sus padres? Aunque esa masacre inútil y evitable haya servido a la ideología liberal para convertir a ese Japón imperial de sus ancestros al liberalismo democrático, productivista, eficiente y automatizado. Si ése fue el precio que pagó Japón, ¿por qué ustedes, los del Tercer Mundo —nos dice—, no habrían de pagar el suyo?

Pero algo más, e inevitable: ¿a muchos no nos produciría horror ponernos al servicio de la potencia imperial que fue culpable de esa masacre monstruosa, la de la bomba atómica por primera vez lanzada sobre una población civil inerme e inocente? ¿Y que no comprendamos entonces que ahora Mr. Fukuyama avale esa racionalidad impura como si fuera propia desde el lugar mismo donde se generó esa masacre, el Departamento de Estado?

Si todo lo real es racional para Fukuyama, y si descubre en su cabeza pensante que todo lo racional coincide con la realidad de los vencedores, aunque hayan tirado la bomba sobre sus hermanos, yo no quiero entrar en ese círculo infernal que únicamente la verdad de un dios cruel, si existiera, podría afirmarla. Afirmo la verdad desde el cuerpo que verifica el sentido de la historia en lo que mata o vive en uno mismo, y desde la vida por sobre la muerte que otros ponen fuera de sí mismos para salvarse. Materialismo sensible, polvo enamorado si ustedes quieren. Esto también es una premisa histórica en la teoría.

La presunción circular, alocada, que corresponde a la creencia de un Espíritu Absoluto, no me causa gracia cuando la veo sostener un sistema político, militar y económico cuya única verdad consiste en el poder que para Hegel sólo el Amo Absoluto —que no es ningún hombre— tenía: el de dar la muerte. Aunque con ella se trate de justificar al Estado Homogéneo Mundial que encarna la idea. ¿Podemos pensar entonces que Fukuyama mató su propio espíritu al aceptar la racionalidad aterradora de la bomba atómica, que carga ahora sobre su conciencia, para justificar la racionalidad del dominio liberal sobre el mundo? Cada liberal carga por lo menos la muerte del otro —de un pobre, de un japonés, de un argentino, de un desaparecido— sobre sus espaldas. Se les ve en la cara.

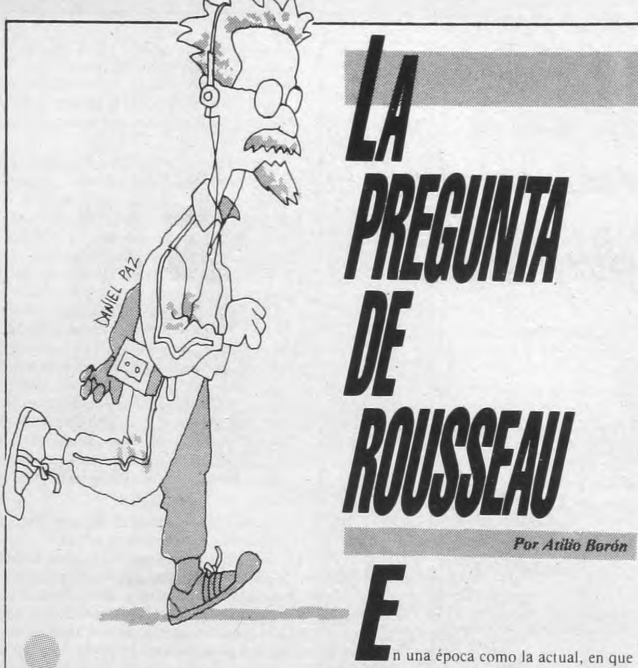
Fukuyama es idealista, dijimos. Pero de un idealismo pre marxista: previo a la crítica "materialista" de Marx. Fukuyama desdeña a Marx, y retrocede a un Hegel puro, anterior a la crítica histórica. Marx criticó el idealismo agregándole la materialidad: le agregó en sus conceptos la materia humana, la vida que el capitalismo expropia. Verificó las ideas en el cuerpo sufriente de los explotados: ahí leía la verdad de los conceptos. Incluía el cuerpo en las ideas. Porque el idealismo es irrefutable como mera idea, a no ser que para triunfar ponga a su servicio la violencia material que también circula, encubierta, en su economía. La razón pura de Fukuyama se encuentra en su premisa no declarada: acepta el terror y el aniquilamiento como fundamento de la verdad histórica. La "verdad" que siente con su cuerpo dividido lo hace cruel a Fukuyama.

Si el cuerpo triste del hombre, sin arte ni filosofía, sin reconocimiento, es el hombre prometido del liberalismo, el hombre del consumo en quien se mató el alma, y lo que interesa entonces es la producción de bienes que circulan como mercancías en el consumismo del mercado, ¿qué queda de ese hombre rico, lleno de fantasía y de imaginación, osado, que quiere enfrentar la tristeza a la que lo condena el aburrimiento liberal, y que fue excluido de la historia? Ese hombre, como vimos, queda muerto también en la teoría. No tiene lugar ni en la realidad ni en la razón: pierde en ambas. El único colectivo social que le queda a ese hombre es el mercado. Y en el mercado no se intercambia amor por amor, sino cosas por cosas.

El punto de partida de Mr. Fukuyama es una afirmación de Hegel: "Todo lo racional es real, todo lo real es racional": el círculo perfecto del Saber Absoluto. Sólo hay que ser dios para saberlo, y Hegel para creer que lo sabe. Nuestro Hegel oriental también lo ha logrado, a su manera: basta con acomodar la "realidad" del proceso histórico, tal como él superficialmente lo comprende, y leerlo de manera tal que justifique lo que afirma. Hasta ahora Fukuyama logra demostrar, a su manera, que para él, y para la política del Estado norteamericano, y para el liberalismo, "todo lo real es racional". Y es cierto: lo consigue con sólo acomodar la lectura de la realidad triunfante que nos propone con su astucia el liberalismo: "Todo lo racional (que es la razón del capitalismo) es real".

Claro está que para lograrlo hace lo mismo que Marx le criticaba a Hegel: oculta la violencia y el terror armado que mueve sus ideas, y también la alienación política y económica de los sujetos así sometidos a las "leyes" del sistema. De la misma manera en Hegel: ponía en el origen de su metafísica el concepto de "devenir" para poner en marcha la dialéctica "pensada", puramente racional, entre el ser y la nada. Así comenzaba la objetivación del Espíritu en el mundo. Pero con el idealismo liberal la historia se termina, no con otra idea, sino con el dominio económico y armado sobre los hombres.

Fukuyama opone fascismo a liberalismo, como opone la guerra a la paz, la dictadura a la democracia: nos hace trampa. Porque no muestra que ambas sólo son variantes estratégicas de algo más fundamental que las contiene a ambas: el capitalismo. Desnudar el fundamento que el liberalismo encubre es un penoso privilegio del Tercer Mundo. La verdad del liberalismo menemista —que se presenta como pura razón sin ideología— es irrefutable: cuenta con el terror previo del Proceso, donde liberalismo y fascismo esta-



ban juntos, con el poder armado y la economía, y las leyes que ellos se crean, y también con la sumisión al poder internacional del Capital para sostener las "ideas" liberales. Acá las ideas liberales del ingeniero Alsogaray y ahora del peronista Menem necesitaron también de una masacre, la de los 30.000 desaparecidos y del terror para imponerse. Ahora siguen diezmando en "democracia" a la ciudadanía pacificada: en el país de las mieses y el ganado tenemos un tercio de la población muerta de hambre. Dejaron atrás el fascismo —la guerra genocida— y pasaron a la paz democrática liberal: borraron la muerte directa, la razón de la fuerza, para pasar a la muerte indirecta, la razón económica, que también expropia y mata.

Pero la otra racionalidad, esa que mataron y asesinaron en los desaparecidos, también está en lo real, aunque reprimida, invisible y desdeñada para ellos. El liberalismo se hace fascista cuando hay que matar las ideas que mueven los cuerpos resistentes de los hombres. Sólo nos transmite ahora la pueril interpretación de los hechos, que ellos dominan, y por eso creen que "todo lo real es racional": concuerda con la razón armada que nos imponen. Sólo que los otros también piensan, aunque ese pensamiento que circula en la realidad marginada está excluido del podio político de nuestra democracia que tiene los medios —y los *media*— para difundir e imponer sólo su racionalidad como una forma más de su violencia.

Colofón. Y si quieren, pero en serio, después hablemos de lo que está pasando con el fracaso del socialismo "real". Ese fracaso no significa, como Fukuyama ni siquiera puede pensarlo, la "muerte" de la ideología marxista. Porque también los ideólogos del socialismo real estaban ciegos, como lo está Fukuyama, ante lo que mostraba ese Marx que los teóricos y los políticos de los partidos comunistas no entendían. Ellos también creyeron —y les llegó su tiempo— que "todo lo racional es real y todo lo real es racional", como pensaba Hegel, mientras lo tenían a Stalin de Espíritu Absoluto. Fukuyama puso en ese lugar absoluto la figura ideal del Estado homogéneo mundial: el mercado internacional ampliado. El enigma queda planteado: ¿la forma - mercancía terminará por disolver la forma - hombre?

LA PREGUNTA DE ROUSSEAU

Por Atilio Borón

En una época como la actual, en que tanto se insiste en denunciar la "muerte del marxismo", la celebridad adquirida por el ensayo de Francis Fukuyama brinda una excelente ocasión para reflexionar acerca de la grave crisis por la que atraviesa el pensamiento liberal. Porque, ¿cómo cerrar los ojos ante el fenomenal desnivel intelectual que separa a la obra del ex funcionario del Departamento de Estado con la de sus predecesores? Bastaría mirar, aunque sea superficialmente, la complejas argumentaciones y la sólida evidencia empírica esgrimidas por Daniel Bell en *El fin de la ideología* —publicado hacia finales de la década de los cincuenta— para comprobar la progresiva decadencia del pensamiento teórico de la burguesía. En efecto: las polémicas tesis del profesor de Harvard —que sacralizaban, como intenta ahora hacerlo Fukuyama, a la sociedad norteamericana como el futuro definitivamente coagulado de la humanidad— reposaban sobre un sofisticado dispositivo teórico que otorgaba a sus conclusiones una respetabilidad irreprochable. Se podía disentir con ellas, pero a nadie que yo sepa se le ocurrió pensar que Bell —antiguo marxista "converso" al liberalismo— era un diletante. Su estatura intelectual y la profundidad de sus indagaciones no estaban en cuestión. Sus resultados eran controvertibles, la calidad de su trabajo no.

En el caso de Fukuyama pasa exactamente lo contrario: las conclusiones de sus "ocurrencias" —algo que, ¡por favor!, es preciso distinguir de las ideas— no generan demasiado debate, y la excelencia intelectual de su defensa del capitalismo liberal suscita graves desacuerdos incluso entre sus mismos camaradas. Hay un consenso casi unánime —en la derecha, izquierda y centro— de que sus tesis son equivocadas o irrelevantes; también, de que la calidad del argumento es bastante pobre. Para evitar que mis comentarios puedan ser descalificados por una supuesta falta de objetividad vale la pena reproducir lo que el propio Fukuyama acaba de declarar: "Me he dado cuenta de que mi verdadero logro fue dar lugar a un extraordinario consenso universal, no sobre el estado actual del liberalismo sino sobre el hecho de que estoy en un error y de que,en realidad, la historia no ha terminado".*

Sin embargo, a pesar de esta constatación, el trabajo de Fukuyama ha merecido la entusiasta aprobación de los poderes establecidos y encontrado una extraordinaria repercusión mundial a través de los medios de comunicación de masas. Siendo banales fueron coronadas por la fama. ¿Por qué? Dos hipótesis: primera, porque predica al mundo la buena nueva: con el triunfo del capitalismo en el siglo XX se cierra el capítulo "histórico" de la humanidad y de aquí en más ese régimen social perdurará incólume hasta el fin de los tiempos. Segunda, porque el liberalismo está ideológicamente exhausto y no tiene nada más que ofrecer. Su decadencia es irreversible, y se comprueba allá tanto como aquí, aunque entre nosotros sea más pronunciada: de Thomas Jefferson y Woodrow Wilson a Francis Fukuyama; de Bartolomé Mitre y Juan B. Alberdi a Bernardo Neustadt. El derrumbe es silencioso, casi furtivo, pero es tan significativo como el colapso del Muro de Berlin.

Proclamas "finistas" como las de Fukuyama han aparecido periódicamente en la historia del capitalismo. A fines del siglo pasado se confiaba ciegamente en la eternización de la *belle époque* pero las matanzas de la Primera Guerra Mundial destruyeron violentamente esas ilusiones. Un rebrote tardío de esos sueños apareció en los años veinte, pero el *crac* de 1929 puso al desnudo la naturaleza meramente imaginaria de sus esperanzas. Luego, consumada la recuperación de la segunda posguerra proliferaron las mismas tesis. Entonces también se postulaba que la historia se había detenido; el punto de llegada lo constituía Estados Unidos, la primera nación que —según el sociólogo Seymour M. Lipset— había puesto fin al tránsito desde las penumbras de la tradición y el atraso hacia las luminosas cumbres de la nueva sociedad. El "modelo" americano se proyectó con fuerza irresistible sobre el pensamiento teorico de la época: pragmatismo; fin de las ideologías; desaparición de las clases sociales; consenso social y político; mercados irrestrictos, etcétera. Ese sería nuestro futuro, en caso de que nos desarrolláramos y nos modernizáramos. Pero después vinieron los heroicos sesenta y los absurdos mitos creados por el pensamiento liberal se derrumbaron de la noche a la mañana. Estados Unidos —que se vanagloriaba de su estabilidad política— vio cómo su gobierno comenzaba a parecerse cada vez más al de las tan despreciadas *banana republics*. En los aciagos años de la década del sesenta se suceden nada menos que cuatro presidentes (Eisenhower, Kennedy, Johnson y Nixon), un promedio que colocaba a Estados Unidos en el polvoriento pelotón de las naciones más atrasadas de Africa, Asia y América latina en lo concerniente a la estabilidad política. Luego vendrían Watergate, la derrota de Vietnam, la destitución disfrazada de Nixon, el interregno insípido de Ford, la frustración de Carter y el repliegue reaccionario de Reagan. A estas alturas, el discurso triunfalista yacía bajo los escombros de los suburbios negros incendiados en Detroit y Los Angeles, de los muertos en las junglas del sudeste asiático y de los indiscutibles indicios de la descomposición política que evidenciaba la nación que habían erigido en el modelo del futuro. Lo poco que quedaba en pie de esos arrebatos "finistas" sucumbió en mayo del '68 en París, derribando los pronósticos optimistas con el resurgimiento de las luchas obreras y el endurecimiento del conflicto de clases en los capitalismos avanzados. ¿Qué es lo que ha cambiado que nos autorice a pensar que esta vez será diferente? Si hasta Juan Pablo II dijo en México que la caída de los "socialismos reales" no significa el triunfo del capitalismo liberal, ¿tendremos que ser, en verdad, más papistas que el Papa y asignarle a Fukuyama el don de la infalibilidad?

Fukuyama, preocupado por fundamentar en profundidad el triunfo del liberalismo, acude nada menos que a Hegel en auxilio de sus nebulosas lucubraciones. ¿Cómo justificar este disparate mayúsculo? Hegel, el filósofo que reintrodujo la dialéctica en el pensamiento político y que definió al Estado como "la marcha de Dios en el mundo", es convocado para fundamentar el triunfo del liberalismo, del mercado en contra del Estado jibarizado y colonizado por las clases dominantes. Una decisión que en el plano de la teoría política es análoga a arrojar un salvavidas de plomo a las víctimas de un naufragio. El filósofo alemán se caracterizó por su enérgico rechazo a todo el planteamiento de los teóricos liberales en relación con la cuestión de la libertad. En su contra sostenía que ésta se fundamenta y ejerce en el Estado —que constituye su verdadero hogar al ser el genuino representante de los intereses universales de la sociedad— y no en el mercado, esfera a la cual despreciaba impiadosamente por ser la cuna del egoísmo universal. Concebir la libertad como algo que se defiende en contra del Estado resultaba un ridículo contrasentido para Hegel, para quien no pasaba desapercibido que el instrumentalismo egoísta de la sociedad civil exacerbaba las contradicciones sociales a tal grado que inexorablemente desembocaban en el despotismo político que cercenaría, una a una, todas las libertades. El cuestionamiento del autor de *La Filosofía del Derecho* hacia el liberalismo era tan profundo que, cuando se refería a un Estado que funcionaba en provecho de una minoría adinerada y de espaldas a los intereses altruistas inherentes al verdadero Estado, lo consideraba "una sociedad civil disfrazada de Estado", es decir, un engaño.

Conclusión: la rueda de la historia se ha detenido. Lo que giraba desde tiempos inmemoriales cesó de moverse, justo cuando el capitalismo se regodea en la apariencia de su victoria. Para defender la libertad mercantil se hizo preciso invocar a Hegel; para ponerle punto final a la historia tuvo que recurrir al mismo filósofo. Este gigantesco travesti ideológico sólo puede ser producto de la desesperación, de la impotencia que surge al comprobar que ya no hay nada más cuerdo por decir. Rousseau se preguntaba: "Si Esparta y Roma perecieron, ¿qué Estado puede esperar durar para siempre?". No creo que la tesis de Fukuyama sirva para ofrecer una respuesta tranquilizadora ante la inquietante pregunta del teórico ginebrino.

** Francis Fukuyama, Debate sobre "El fin de la Historia", en* Facetas *N° 89.3/90. P.9. Una selección de las principales críticas se encuentra en "Las respuestas a Fukuyama", reseñas preparadas por Alejandra Díaz, Victoria Murillo y Mario Pecheny y publicadas en* Doxa. Cuadernos de Ciencias Sociales. *(Año I, N° 1, Otoño de 1990). Cabe mencionar que esta revista académica fue la primera que publicó, en lengua española, la versión completa del artículo que estamos analizando.*

Gaspar (el revolú) y el chico de los países del Este

Por Rep









